

# J.M + J.T.

***“Dichosos los limpios de corazón,  
porque ellos verán a Dios” Mt. 5,8***

***“Mi alma glorifica al Señor,  
Mi espíritu se alegra en Dios mi salvador,  
porque ha mirado la pequeñez de su sierva” Lc.1, 46-48***



La gracia del Espíritu Santo llene nuestras vidas de paz, alegría y amor, muy estimados sacerdotes, familiares y amigos del Carmelo. Como ya sabéis, por el aviso que os envié en su día, el 28 de junio falleció en nuestra Comunidad la Hna. M<sup>ª</sup> Teresa del Inmaculado Corazón de María, a las 16:00 h. Tenía 91 años de edad y 69 de vida consagrada. Siempre vivió feliz en el Carmelo, dando gracias al Señor por el don de su vocación, y nos decía que si volviera a nacer, volvería a ser Carmelita.

Había nacido en “El Cabezo”, una finca que tenían sus padres en el término municipal de Villamiel, provincia de Cáceres. Sus padres, D. Clemente y Dña. Ramona, fueron un matrimonio muy cristiano y ejemplar; tuvieron 7 hijos, todas chicas, menos un varón: Petra, Luis, M<sup>ª</sup> Luisa, Amparo Matilde (Ntra. Hermana), Conchita (que era su gemela), Carmina y Teresita. Matilde y Conchita, físicamente eran iguales, pero su temperamento era muy distinto. Así como Conchita era muy dulce y tranquila, Matilde era muy traviesa y movida, con muchas iniciativas y, hasta cierto punto, un poco “rebelde”, con espíritu de “líder”. Se unía a sus hermanas M<sup>ª</sup> Luisa y Carmina y organizaban juegos, correrías y excursiones por el campo.

Sus primeros años vivieron en El Cabezo y en San Martín de Trevejo, en la Sierra de Gata, contemplando el majestuoso pico Jalama. Vivieron y crecieron felices en medio de una naturaleza exuberante, de bosques y arroyos; les gustaba jugar y saltar por las rocas, subir a los árboles, coger flores y mariposas, contemplar los pájaros e insectos...; el aire puro y la belleza del paisaje las hizo crecer sanas y alegres.

Realizaron los primeros estudios en El Cabezo, con una profesora particular. Era una finca grande, donde vivían 10 obreros con sus familias; entre todos los niños formaban un grupo numeroso de alumnos, aplicados y traviosos a la vez. La pequeña Matilde resultó una alumna inteligente y responsable.

En los años de la guerra, Don Clemente fue solicitado para ejercer una función administrativa en Cáceres, era un tiempo en que era necesario poner en estos puestos a personas de bien, honradas, prudentes, íntegras, y de buena conciencia. A él le costó dejar su casa y trasladarse con su numerosa familia a Cáceres, pero lo hizo con espíritu de servicio y de entrega. En este tiempo Matilde, Conchita, y Carmina fueron al Colegio del Corazón de María, de esta ciudad.

Cuando acabó la guerra, una prima de Dña. Ramona llevó a las niñas a un colegio que las Madres Josefinas tenían en Madrid. Matilde fue una alumna muy despierta y aplicada. Como se puso enferma, sus padres la llevaron a casa para cuidarla bien; durante su convalecencia, una tía suya le dejó la “Historia de un Alma”, la autobiografía de Santa Teresita, que ella leyó con avidez. Esta lectura le impactó profundamente y sintió en su corazón el deseo de entregarse a Dios y ser Carmelita Descalza, como ella. Pero, ¡no dijo nada a nadie! Lo guardó en su corazón como un “secreto”, que no compartió con nadie, ni siquiera con su gemela, a la que estaba íntimamente unida. Sólo comunicó su “secreto” a una religiosa del colegio, que en una de las salidas de paseo, la llevó a conocer un Carmelo.

Cuando se lo dijo a sus padres, ocurrió un hecho que toda su familia lo consideró “providencial”, y que expresaba también el carácter fuerte, recio y decidido de la joven Matilde. Su padre le dijo que si tenía vocación, tenía su permiso para ir al convento, pero que había un contratiempo: no tenía dinero, pues el aceite de la cosecha del año anterior no había podido venderse. Ella le contestó: “no te preocupes, papá, que Dios dispondrá de esto según su voluntad” A los 8 días, se paró un camión grande en la verja de la finca de El Cabezo, y se bajó un señor preguntando por el dueño. Salió su padre y habló con él, que quería comprar aceite; se llevó el camión lleno y pagó en metálico el precio que su padre le pidió. Todos vieron en ello como un “milagro”, y Matilde pudo realizar su deseo.

Al final de su proceso de búsqueda, entró en el Carmelo de Ciudad Rodrigo, por insinuación de Don Emeterio, un sacerdote amigo de la familia, que era canónigo de la Catedral. Para su hermana Conchita, fue un golpe muy duro. No comprendía cómo su gemela, su hermana “del alma” y amiga íntima, le había ocultado su vocación. ¡Sufrió mucho! Sus padres mandaron a Teresita, la hija pequeña, como interna, al colegio que las Hermanas Teresianas tenían en esa ciudad. Y también fue con ella Conchita. Así que el día de su entrada la acompañaron a Ciudad Rodrigo sus padres, Conchita y Teresita. El “demonio” enredó el trayecto de tal manera, que el coche se paraba cada 100 metros; así que lo que se hacía normalmente en una hora, tardaron 14 horas, por lo que al llegar a Ciudad Rodrigo ya era de noche y no pudo entrar en el convento; así que tuvieron que dormir en un hotel. Todos estaban muy tristes, sobre todo Conchita, y, para que la separación de su hermana Matilde no fuera tan brusca, sus padres pidieron permiso al Obispo para que pudiera ir todas las tardes a ver a su hermana y hablar con ella en el locutorio del Convento; y así lo hacía fielmente cada día. Poco a poco,

ayudada por las monjas del Colegio y por el cariño de su hermana carmelita, se fue curando la herida de la separación, y pasado el tiempo, también ella sintió la llamada de Jesús, pero no quiso entrar en el Carmelo, aunque su alma era muy contemplativa y amante del silencio, sino en la Compañía de Santa Teresa, Congregación fundada por San Enrique de Osó, donde se había educado. Así, el Señor unía estas vidas y estas almas en un mismo amor a Jesús, en un mismo deseo de seguirle, bajo la mirada de Teresa de Jesús, imitando su vida y siguiendo su doctrina de oración y contemplación por el bien de la Iglesia y la salvación de los hombres. Sus vidas, unidas desde el seno materno, se separaban físicamente, pero se unían en el espíritu, pues formaban parte del mismo coro de vírgenes que seguían al Señor. Este vínculo vocacional fue más fuerte todavía que el vínculo de la carne... ¡y duró toda la vida!

Tiene Edith Stein en sus escritos una cita que nos parece muy apropiada para expresar lo que ha podido ser la vida de Hermana M<sup>a</sup> Teresa, y, de un modo particular el último tramo de su vida; pero cada persona es un misterio que sólo Dios conoce, y del que no percibimos más que una pequeñísima parte: “Para las Carmelitas, en sus condiciones de vida cotidiana, no existe otra posibilidad de responder al amor de Dios sino es cumpliendo sus obligaciones diarias, hasta las más pequeñas, con fidelidad, como un pequeño sacrificio que exige de un espíritu vital la estructuración de los días y de toda la vida, hasta en sus detalles más pequeños, y esto llevado con alegría, día a día y año a año... ese es el caminito, un ramo de florecillas insignificantes, que son depositadas cada día ante el Santísimo. Quizás un martirio silencioso a lo largo de toda la vida... y un manantial de la gracia que brota en medio del mundo, sin que nosotras sepamos a dónde se dirige y sin que los hombres que la reciben sepan de dónde viene”

Al entrar en el Carmelo le pusieron el nombre de M<sup>a</sup> Teresa del Inmaculado Corazón de María, “Teresa” por Santa Teresita, a la que siempre amó y cuyo camino deseó vivir, en pequeñez, confianza y abandono en el Amor. Desde el principio se sintió feliz y centrada en su vocación. Encontró un noviciado muy numeroso y alegre, pues coincidieron allí 7 hermanas. La Madre Teresa, su Maestra de novicias, le inculcó mucho el amor a la Sagrada Escritura, sobre todo al Antiguo Testamento; ella lo leía asiduamente y vibraba con la historia del Pueblo de Dios, los Salmos, las sentencias de los Profetas... y cada vez que comentaba algún pasaje de la Biblia, se enardecía su corazón.

Nos ha dejado como recuerdo y “testamento”, un cuadernito con comentarios de la Sagrada Escritura. El primer escrito es su reflexión sobre el alma del Profeta Elías; el segundo es sobre el Profeta Balaán. Al comienzo del cuaderno escribe: “que se lea con espíritu”; es decir, ella había elaborado el escrito con el corazón, con mucho amor y veneración, y le parecía que no podía leerse de corrida, que eso era “traicionar” lo que el Espíritu Santo había querido decirnos a través de la boca de su pobre y pequeña carmelita. Dios dice a su pueblo: “no temas oruga de Israel,

gusanito de Jacob”; ella se sentía tan pequeña que le gustaba llamarse “la oruguita del Señor”. Así, a través de esa “oruguita” Dios quería hablarnos.

El hecho de haber vivido toda su infancia en el campo, en medio de una naturaleza exuberante, le dio una sensibilidad muy rica hacia la belleza y la armonía de las cosas; era muy sencilla y natural, huía del artificio y de las cosas rebuscadas; le gustaba la música, el cuidado de las flores del jardín... Fue una organista excelente, pues, unida al dominio del órgano, estaba su rica espiritualidad; tocaba con tanta delicadeza, con tanto espíritu de oración y adoración, que, al oírla, nos elevaba a la contemplación del Misterio.

En 1963 vinieron un grupo de 6 hermanas del Convento de Carmelitas Descalzas de Ciudad Rodrigo para la fundación del Carmelo de León. Entre ellas estaba Hna. M<sup>a</sup> Teresa, que venía como Maestra de Novicias. Su presencia fue de gran ayuda para la Madre M<sup>a</sup> Consuelo, la fundadora de este Carmelo, pues Hna. M<sup>a</sup> Teresa era muy inteligente y discreta, y la apoyó mucho con su fidelidad y generosidad, sobre todo en la preparación silenciosa de la nueva fundación. Al poco tiempo de llegar a León, decidieron juntas ir a Ávila, al Monasterio de San José, para ver cómo se vivía allí e instaurar en el Carmelo de León las costumbres santas del primer convento de Carmelitas Descalzas, fundado por Nuestra Santa Madre, Teresa de Jesús. Allí pasaron 15 días, conociendo el Convento, participando con las hermanas en los actos de comunidad: en el Oficio Divino y la Recreación, en los Capítulos y en el Locutorio. Regresaron muy contentas, y desde este encuentro y de esta experiencia tan rica, siempre hemos tenido una relación muy estrecha con las hermanas de este convento, tan emblemático y amado.

En seguida empezaron a llegar novicias a la nueva fundación, hasta formar un grupo numeroso. Llegaron a estar hasta 7 jóvenes, entre postulantes y novicias. Ella con cariño de madre, pero con mucha firmeza, las iba formando para hacer de ellas auténticas carmelitas, “Esposas del Crucificado”. Todos los días tenían momentos de formación, donde las iba introduciendo en el conocimiento de la Palabra de Dios, especialmente del Evangelio y de los Salmos; también las introducía en el espíritu de la liturgia y en los escritos de Ntros. Santos Padres, Teresa de Jesús y Juan de la Cruz, y de los santos del Carmelo. Había un clima de mucha alegría y unión entre todas las novicias; esto lo favorecía su actitud de igualdad de trato con todas; no se le notaba nunca preferencia por ninguna; podían acudir a ella siempre que lo necesitaran, pues estaba totalmente disponible, y las novicias iban con confianza a darle cuenta de cómo iban en la oración y en su camino espiritual; en las sequedades y “noches oscuras” siempre animaba.

Inculcaba mucho el amor y la entrega a la comunidad, el espíritu de servicio y de trabajo, que entonces era mucho, por ser principio de fundación y estar todo por hacer... Las quería muy alegres, sacrificadas, nada de “melindres” (palabra muy suya), sino fuertes y animosas. Sabía corregir cuando tenía que hacerlo, pero

siempre lo hacía con cariño, buscando su bien espiritual, aunque la corrección doliera...

Podemos decir, que, como Maestra de Novicias, la Hna. M<sup>a</sup> Teresa fue amorosamente exigente y muy fiel, pues buscaba la verdad de la vocación y del seguimiento de Cristo, que es llevar la Cruz en pos de Él y con Él. Las exhortaba al olvido propio, al silencio, a la obediencia, a la sencillez, a la alegría, al desasimiento, a la humildad, y al amor de unas con otras, que es en lo que tanto insiste Nuestra Santa Madre en su libro “Camino de Perfección”. Ella les daba ejemplo en todo ello, con su sencillez y humildad, siempre como en un segundo plano, con delicadeza y “elegancia espiritual”, esa “delicadeza de espíritu” que se manifestaba tan claramente en el cuidado de las flores y plantas; para ella eran seres vivos a los que hablar...

Estuvo muchos años como Maestra del Novicias, de tal modo, que podemos decir que fue la formadora de la primera generación del Carmelo de León. Todas las hermanas que fueron formadas por ella, guardan un grato recuerdo de aquél tiempo de formación, tan rico y fecundo, y están agradecidas por su persona, por su ejemplo y por el testimonio de su vida consagrada, de amor a Jesús y celo por la salvación de la almas.

Fue también Priora un trienio, y, durante muchos años, Subpriora. En este oficio se esmeraba en organizar el Oficio Divino, en limpiar el Coro y preparar los floreros para las imágenes, y amenizar las fiestas priorales, con cantos especiales y “funciones recreativas”. Tenía un profundo sentido de la obediencia, de amor y docilidad al superior; no hacía nada sin pedir licencia, aún en las cosas más pequeñas; si alguna hermana le pedía algo o le proporcionaba alguna cosa, en seguida preguntaba: “¿Lo sabe Nuestra Madre?”. Esto no era una “ñoñería”, sino profundo espíritu de fe: veía a Jesús en el superior, y sabía que viviendo en obediencia agradaba a Dios.

Siempre estuvo muy unida a la Comunidad de Carmelitas Descalzas de Ciudad Rodrigo, y tuvo una relación cordial y afectuosa con las hermanas que la recordaban y le escribían con cariño. Fue en tres ocasiones a aquella Comunidad, para ayudar en la formación del noviciado y como organista. La última vez fueron con ella otras dos hermanas de la Comunidad de León, para acompañarlas en un momento difícil. El día que regresaban fue a despedirse de ella toda su familia, y pudo dar un abrazo a su madre, ya muy anciana, a Conchita, a sus hermanos y sobrinos. ¡Cuánto gozó Doña Ramona, en medio de sus dos hijas consagradas a Dios! En ese viaje de regreso, Conchita la acompañó hasta León, pues las traía en una furgoneta su sobrino Juan Clemente. Las dos gemelas hicieron el viaje “agarradas” fuertemente de la mano, como queriéndose transmitir todo el amor y la riqueza interior que cada una vivía. Siempre unidas, desde niñas, habían compartido después la experiencia de su consagración religiosa, las luces y sombras, los gozos y sufrimientos. Unidas en

la carne y en el afecto fraterno, estaban también unidas en un mismo deseo de amar a Jesús y de entregar la vida por Él, cada una desde su propio carisma.

Conchita, los últimos años de su vida, estuvo destinada en Zaragoza, en la casa de oración que tiene allí la Compañía de Santa Teresa. Tuvo como superiora a la Hermana Carmen Cañada, y, a través de ella, pudimos conocer y beneficiarnos de sus composiciones musicales. Carmen siempre nos enviaba los discos que publicaba, y nosotras enriquecíamos nuestro repertorio con sus canciones, que tienen tanta unción y tanto nos gustan.

Conchita murió el 25 febrero de 2006, después de un cateterismo que le ocasionó serias complicaciones. La hermana M<sup>a</sup> Teresa, al saber la noticia, sintió un intenso dolor en su interior, como que algo se le rompía por dentro, y pensó que, al ser su gemela ella se iba a morir también pronto. Sufrió mucho y experimentó una gran soledad interior, pero, como tenía una fe profunda, el pensamiento del cielo y de la gloria que allí estaría gozando junto a Dios y junto a todos sus seres queridos, fue mitigando su pena. Pero ese “morir pronto”, duró más de 10 años...

Amó entrañablemente a su familia, siempre estaba pendiente de la salud de sus hermanas, y, sobre todo, de su bien espiritual, pues deseaba que tuvieran una fe viva y una relación profunda con Dios, por eso les escribía con frecuencia y gozaba cuando hablaba con ellas por teléfono. También se interesaba por sus sobrinos, su trabajo, su salud, su familia, los estudios de sus hijos. Todos los años venía M<sup>a</sup> Luisa desde Lisboa, con sus hijos, Maijo, Ruy, Juan Ramón, Menchu y nietos; y también venía Teresita con toda su familia desde Cáceres, Miguel, Juan Clemente y Jesús Pedro. Cuando murió su hermana Carmina, sus sobrinos, Íñigo y Rocío, decidieron venir a ver a su tía con frecuencia, dándole el cariño de su corazón, y todo lo que pudiera necesitar en su estado de salud.

En el año 2015, la Hermana M<sup>a</sup> Teresa celebró los 90 años, y la familia organizó un viaje a León, al que se apuntaron, no sólo sus hermanas y sobrinos, sino hasta primos y amigos, como Charo, Luis Carlos, Marieli, Guadalupe, Darío... ¡Todos la querían entrañablemente, porque ella sabía tener una mirada, una palabra, un “detalle” y... hasta una conversación privada con cada uno! Con su experiencia de Madre Maestra, sabía penetrar en sus almas y llevarles una luz y un consuelo. Y... ¡No acababa todo ahí! Además de la visita cercana del locutorio, sabía acompañar también de lejos, con su oración y con sus “misivas” escritas. Fue “apóstol” desde su vida oculta y pobre, deseando llevar a las almas la luz y la alegría del Evangelio. Especialmente tenía una empatía con los niños y los jóvenes que venían al locutorio; su figura pequeña, su rostro arrugado, sus ojos azules, su mirada pícaro y angelical, su forma de acercarse y expresarse, la hacían cercana... ¡Todos la recordaban como “la monjita de los ojos azules”!

Tenía un amor entrañable a la Santísima Virgen, a la que siempre veía llena de luz y de hermosura, transfigurada por la llama del Espíritu Santo; le atraía

especialmente la pureza de su alma, por eso se esforzaba en penetrar en su Corazón Inmaculado. Durante muchos años fue lectora habitual de un libro del P. Jean Gallot, S.J. "El Corazón de María". Le entusiasmaba ver cómo ese Padre había profundizado en el Misterio de María y en las riquezas de su Corazón, totalmente habitado, transformado y deificado por la Santísima Trinidad.

También amaba a Ntr. P. San José y a los Santos del Carmelo. A la Santa Madre, Teresa de Jesús, la leía de forma habitual, y gozaba también con la pureza de alma de Ntr. Santo Padre, Juan de la Cruz. Pero era la doctrina de Santa Teresita la que orientaba su vida. Siempre se sentía pobre y pequeña, necesitada de conversión y de santidad, pero confiaba en el Amor Misericordioso de Dios, que todo lo quema y lo transforma en fuego.

En este camino tuvo la ayuda del P. Julio Félix Barco, O.C.D. que, hasta que él murió en Montevideo, fue su director espiritual. También le ayudaron otros padres de la Orden, el P. Tomás Álvarez, el P. Gabriel Castro y el P. Roberto Gutiérrez, nuestros confesores, así como otros sacerdotes de la Diócesis, D. Carlos, nuestro Capellán, D. Luciano y D. Anesio, que venían, de vez en cuando, a hablar con ella y la animaban a vivir en el Amor de Dios y a confiar en su Misericordia, a gozarse, saborear y sumergirse en esta infinita Misericordia Divina...

Conservó siempre su carácter vivo y "su genio", pero el Señor la fue purificando poco a poco; primero, fueron la ancianidad y sus achaques físicos: insuficiencia cardíaca y respiratoria, por lo que, al final, estuvo más de 8 meses con oxígeno las 24 horas del día. También tenía dificultad de movimientos, por lo que usaba una silla de ruedas para trasladarse, y era necesaria la ayuda de una hermana para casi todo. Esta situación de debilidad la humilló mucho, pero la ayudó a ser pobre y pequeña, dependiente total, abandonada en las manos de Dios y de las hermanas, confiando en la delicadeza y ternura de su corazón fraterno.

Acogía con gran alegría, a las hermanas que iban a verla; como era "amiga" de las confidencias íntimas, en esos momentos expresaba, con confianza, sus sentimientos, impresiones y reflexiones sobre la liturgia de la Palabra de cada día, que era el alimento sólido que sostenía su vida espiritual.

En la última etapa de su vida, vivió una profunda "noche" interior. Ella siempre había tenido una fe muy iluminada, el Señor le daba muchas luces en la contemplación de la Sagrada Escritura; de cada pasaje, de cada palabra o gesto, sabía sacar sentidos preciosos y profundos, que la llenaban de admiración y alegría, y que luego los compartía con las hermanas, con entusiasmo exultante y contagioso. ¡Nos tenía a todas "embobadas", escuchándola, viendo sus ojos azules llenos de luz y chispeantes de "complicidad" con el Señor, que tan bien la instruía y alimentaba con su Palabra!

Pero llegó el momento de la oscuridad... los textos de la Sagrada Escritura no le decían nada, lo que leía la dejaba seca y vacía, se sentía en el aire, parecía que le faltaba el suelo donde sostenerse; creía que no hacía oración, se sentía lejos del Señor, le parecía que Él no la amaba, que la había abandonado... Fue un proceso largo, doloroso, profundamente purificador. Se sentía tan pobre e impotente, que agradecía cualquier palabra espiritual que las hermanas le decían, lo cual le aportaba luz y consuelo. A mí me decía: "Madre, dime algo para la oración". Yo le comentaba alguna frase de las lecturas del día, o le decía alguna palabra que le ayudara a estar en silencio, abandonada en Dios, en sus brazos de Padre. Que la oración no consistía tanto en tener pensamientos elevados, ni sentimientos profundos sino que se trata de sumergirse en Dios, en silencio y abandono amoroso, dejando que Él nos invada y nos envuelva, permitiendo que su Amor nos llene y nos penetre hasta el fondo y nos transforme en Él: "No soy yo quien vive, es Cristo quien vive en mí". A veces este amor es fuego consumidor, es llama "esquiva" que todo lo quema y lo consume, y nos hace sufrir. Se puede tener un sentimiento de ausencia o de vacío, pero, en esos momentos hay que avivar la fe: ¡Él está, aunque no se sienta. Él está! ¡Esto basta! Este es el momento crucial de la vida espiritual, es el momento privilegiado, querido y deseado por Dios, para vivir de Fe viva y de Amor puro.

El Señor la unió a su sacrificio redentor por las almas, y, a la vez, purificador para ella para engalanarla y prepararla para el encuentro de bodas con Él. Sin que ella lo percibiera, el Señor hizo esta obra por medio de un deterioro físico y de unas tinieblas interiores que removieron las bases más firmes y seguras de su vida. De un hacer por Dios y para Dios, tenaz, voluntarioso y sacrificado, Él la llevó a un dejarse hacer, interior y exteriormente, a una llamada al abandono total, que ella vivió como una verdadera lucha. Habiendo vivido, como Santa Teresita, en una seguridad y alegría de la fe, tuvo que sentarse en la mesa de los pecadores, los "sin fe" pues surgían en su interior las preguntas más profundas y dramáticas del hombre. Ella tuvo que dejarse llevar con confianza, sin ver, sin entender, repitiendo con frecuencia: "quédeme y olvídeme, el rostro recliné sobre el Amado...déjeme, dejando mi cuidado entre las azucenas olvidado". Dejarlo todo confiando en el amor y la misericordia de Dios. En estos momentos se confiaba a la Virgen, ella la iba preparando, llenándola de paz y avivando en su interior el deseo del encuentro con Él.

En mayo tuvimos los ejercicios espirituales con el Padre Santiago Arzubialde, de la Compañía de Jesús. Fue varias veces a hablar con él, experimentado consuelo y paz. El Padre le dio unas indicaciones para la oración: hacer diálogos con el Señor y la Virgen, rezar despacio el "alma de Cristo"... Desde este momento, aunque el sufrimiento continuó, llevaría la prueba con más suavidad. A los pocos días de acabar los ejercicios, pidió hacer tres días de retiro personal, ahondando en la Misericordia de Dios. Me extrañó que tan pronto me pidiera esos días de oración ¡Era como una "prisa" por acabar su "tarea", por entregar su vida en las manos de Dios,

un “todo está cumplido”, “aquí estoy para hacer tu voluntad”! ¡Fue su último retiro!, en la mayor pobreza, en el total desamparo, en el abandono más confiado: “Padre, a tus manos encomiendo mi espíritu”.

Aunque, de vez en cuando, le daba un “achuchón” fuerte, no pensábamos que el desenlace iba a ser tan rápido. ¡Su vida se iba acabando, como una vela se consume ante El Sagrario y su llama se va apagando, totalmente entregada a su Señor y abandonada a su Amor! Sí, se presentaba ante Él con las “manos vacías”; su Amor Misericordioso colmaría esas manos, grandes y arrugadas, que tantas veces habían tocado para su alabanza y su gloria.

Nuestro capellán, Don Carlos de Francisco, le dio la Unción de Enfermos varias veces; el Padre Roberto, nuestro confesor, la atendió con cariño, orando con ella y por ella; quedaba siempre muy contenta, aliviada y agradecida. También Don Anesio, nuestro visitador, vino a verla el lunes, víspera de su pascua, y estuvimos rezando a su lado el Rosario de la Misericordia. Le dijo al oído que la Misericordia de Dios la esperaba y la abrazaba; ella lo miró largamente, con sus ojos llenos de paz. ¡Era como su despedida agradecida!

Tuvo una agonía larga y dolorosa, no hablaba y su respiración era jadeante; junto a ella orábamos en silencio o le decíamos al oído frases de la escritura, sobre todo del Cantar de los Cantares, de los Salmos, de los Profetas, poesías del Santo Padre, jaculatorias... intentando llevarle el consuelo de nuestra presencia, cercanía y oración. El martes, 28 de junio, a las 14:00 horas, notamos que llegaba su hora... Avisamos a las hermanas que estaban comenzando la recreación, y nos juntamos todas en su celda, alrededor de su cama, mirando su rostro, acariciando su frente, tomando sus manos, acompañando su respiración, orando en silencio o diciéndole frases “que a vida eterna saben”, “rompe la tela de este dulce encuentro”, “quédeme y olvídeme”, y le hablábamos de la Virgen, de que pronto la iba a ver a Ella, a sus padres, a las hermanas fallecidas de nuestro Carmelo... y le encomendábamos nuestras intenciones para la Casa del Padre...

A las 16:00 horas, dando un fuerte suspiro, expiró. Le cerramos los ojos y permanecimos en silencio, en oración. ¡Era el momento más trascendental de su vida! Para ella se iluminaba la luz de la gloria, recibía el abrazo del Padre, se sumergía en el mar infinito de su Misericordia.

Vinieron sus hermanas, sus sobrinos y primos, todos profundamente emocionados pues la querían mucho y siempre confiaban en sus oraciones. Esperamos que ahora, desde Dios, ella seguirá a su lado, orando e intercediendo, ante Él, por ellos.

El día 29 de junio, solemnidad de San Pedro y Pablo, se celebraron las Exequias, presididas por nuestro Señor Obispo, don Julián López Martín,

acompañado por nuestro Capellán, los Padres Carmelitas, los Padres Claretianos y varios sacerdotes de la Diócesis.

Para acabar, queremos poner unas palabras del Papa Benedicto XVI, que pueden expresar bien lo que hermana M<sup>a</sup> Teresa vivió en ese 28 de junio, en el momento de su tránsito a la Luz, a la Vida, al Amor:

“...Él transformó en Acción de Gracias la Cruz, el sufrimiento, todo el mal del mundo. Y, así, fundamentalmente, transubstanció la vida y el mundo...; queremos entrar en éste **gracias** del Señor, y así recibir realmente la novedad de la vida y ayudar en la transubstanciación del mundo: que no sea un mudo de muerte, sino de vida, un mundo en el cual el Amor ha vencido la muerte”.

Sí, ella, como el grano de trigo, había caído en tierra, para morir y dar mucho fruto, el fruto de la Resurrección de Cristo en ella, que hace nuevas todas las cosas, pues “la creación entera está gimiendo con dolores de parto, esperando la liberación de los hijos de Dios” Rm.8

Queremos agradecer a todos el cariño y la atención que habéis manifestado a nuestra hermana, y la oración por ella y por toda la Comunidad. Espero que sigáis pidiendo por nosotras, para que el Señor nos bendiga y nos colme de su amor.

Que la Virgen del Camino, Reina y Madre de León, nos acompañe a todos y nos muestre a Jesús, muerto en sus brazos y nos lleve a Él, glorioso y resucitado; que Ella, con su amor maternal, nos señale el camino del Cielo, donde está nuestra verdadera Vida.

En el Corazón de Jesús, María y José, un fuerte abrazo para todos.

Con cariño y agradecimiento:

**M<sup>a</sup> Gloria del Espíritu Santo.**